

teria y que chocaban contra las que no deseaban el divorcio vincular. Esas ambigüedades hicieron que el radicalismo no votara el proyecto de divorcio de 1954. Junto con Clotilde, tuvieron una importante actuación Ana Rosa Schliepper de Martínez Guerrero, María Teresa Moroni, Amanda Palma, María Roldán, Yraida de Medina Allende, Ana María Caffarati. La adhesión a la Unión Cívica Radical Intransigente llevó a Clotilde, durante el gobierno del doctor Arturo Frondizi, a ocupar probablemente el primer cargo importante al que llegaba una mujer: fue la primera presidenta del Consejo Nacional de Educación.

Un balance de la actuación de las que no eran peronistas debe concluir en los obstáculos de esa militancia. No era fácil ser opositora al peronismo, no sólo por las prácticas hegemónicas que aquél exhibía, sino porque era muy difícil remar contra la corriente, convencer a las mujeres de que estaban equivocadas y de que las verdaderas fuerzas democráticas eran las propias, aunque fuera tan poco democrático el limitado reconocimiento que les dispensaban los varones de esas fuerzas.



3. Un cambio de época: casa y plaza

Las transformaciones de las décadas del 60 y 70

La caída del peronismo en 1955 y la inversión que se sufría en materia de bonanza económica y de distribución social, unidas a la persecución desatada contra militantes y simpatizantes, trajeron notables consecuencias para nuestra sociedad. Me referiré en particular a una muy importante, como fue la transformación de los sentimientos antiperonistas en algunos sectores, especialmente entre los grupos juveniles de las capas medias. Si habían asistido en sus hogares a los más duros ataques con-

tra las dos figuras centrales del régimen, Perón y Evita, y a la denostación de sus seguidores, en muy poco tiempo fueron convertidos gracias a la influencia de la izquierda, que transformaba su discurso y ofrecía una nueva interpretación del fenómeno peronista. Desde una perspectiva que se proclamaba “nacional y popular”, la nueva izquierda hostigaba ahora el antiguo supuesto fascista y pasaba a comulgar con las profundas razones del pueblo identificado con Perón. El engaño del pasado debía repararse con una identidad que reuniera a los sectores medios progresistas con las clases trabajadoras, mitigándose de este modo el sentimiento de culpa creado por la incorrecta apreciación de los vínculos entre el líder y el pueblo. Otro ingrediente fundamental se unió casi de inmediato y fue el triunfo de la Revolución Cubana, cuya épica romántica y generosa, encarnada por el asombroso Fidel Castro, ofrecía el aditamento de que el argentino Ernesto “Che” Guevara fuera parte de esa gesta. Se hipertrofiaron los motivos de la identidad con “los de abajo” y para la agitación, puesto que había que hacer una revolución semejante que devolviera justicia y dignidad a nuestro pueblo. Los años 60 y 70 fueron de elevada politización y de creci-

miento de la radicalidad. Retomaré este aspecto más adelante.

Las formas de sociabilidad femenina se metamorfosearon de modo singular gracias a los mayores grados de libertad que una gran parte de las mujeres disfrutó en esas décadas. Se asistía a una renovación de ambientes y de contactos que dependían muchísimo menos de la influencia familiar, y hasta se podía mudar por completo de canon e inscribirse en la opción *hippie* que reveló cierto nomadismo. La vida doméstica se articulaba mucho más con los fenómenos públicos; ya no se podía estar por fuera de los acontecimientos políticos que transformaban la vida cotidiana. Muchas más jóvenes tomaban resoluciones por su cuenta exhibiendo una nueva subjetividad, y fue menos probable que los progenitores ejercieran su arbitraria voluntad, y si eso ocurría los conflictos resultaban insostenibles, no pocas se animaban entonces a dejar hogares constrictores y a hacerse de un camino propio.

Un aspecto destacado de esos años fue el inicio de la libertad sexual: por primera vez se extendía entre las muchachas de las clases medias la experiencia de relaciones sexuales prematrimoniales. Y aunque no pocas se obligaron a casarse con

quien las había desflorado, muchas no sintieron ninguna obligación al respecto. También se inauguraba de manera extensa el hacerse de amantes ocasionales, aunque se estuviera casada, recurrir a la separación matrimonial cuando las cosas no andaban bien —aunque el divorcio hubiera sido suspendido por un decreto— y no obedecer al “que dirán” en materia de relaciones masculinas.

Algo notable venía en auxilio de la liberación de la moral sexual femenina en esos años: la píldora anticonceptiva. En efecto, los métodos anticonceptivos con que se contaba hasta los años 60 eran por completo falibles, desde el *coitus interruptus* hasta el diafragma, tal vez las técnicas más empleadas junto con el preservativo masculino hasta la aparición de los fármacos. La Argentina se incorporaba así a una era revolucionaria, aunque la conciencia de la época estaba lejos de registrarla, tan preocupada por la otra revolución, la “social”. Se separaban así los vínculos afectivos, la experiencia amorosa, de la obligación reproductiva. Pero hubo una pugna valorativa acerca de las que debían o no mantener a raya la fecundidad: las jóvenes politizadas de izquierda de los sectores medios admitían la antinatalidad para sí, pero no para las mujeres de las clases populares.

Las ocupaciones con mujeres se multiplicaron, y aunque no cambió, en absoluto, el perfil del mercado laboral, que siguió segmentado por actividades según sexo, los efectos de la mayor profesionalización se hicieron sentir y hubo una diversificación de los empleos privados y públicos. La participación en los servicios aumentó notablemente y crecieron los puestos administrativos que requerían funciones de secretariado; el propio aparato estatal, que siguió ensanchándose a pesar de las sucesivas interrupciones del estado de derecho y de las racionalizaciones que se aplicaron, siguió reclutando muchas mujeres. La dactilografía femenina tuvo una expansión que es difícil estimar con los datos censales, pero las academias orientadas a brindar esa profesionalización florecieron, y la Pitman —con años de ejercicio en la plaza— fue una de las más procuradas y reconocidas.

Mujeres, universidad y nuevos desempeños

En la vorágine de los cambios se destaca la incorporación masiva de las mujeres a la universidad. Como consecuencia del desarrollo educativo que tuvo lugar durante el periodo peronista y de las

transformaciones en las expectativas hacia la educación femenina —algo que no sólo ocurrió en las clases medias urbanas—, miles de muchachas concurren a profesionalizarse y competir con los varones en el variado arco de opciones para las que preparaban las casas de altos estudios. Al finalizar los años 50, durante el gobierno de Arturo Frondizi, se echó por tierra el histórico monopolio oficial de la educación universitaria, los ánimos estudiantiles se enardecieron y miles de jóvenes que todavía cursaban la escuela media se manifestaron junto con quienes ya realizaban la formación superior. La agitación, que tomó la forma de oposición entre “laica” y “libre” —expresiones que enfrentaban por un lado a quienes defendían la universidad pública y por otro a quienes abogaban por la concurrencia de las universidades privadas—, constituyó una de las primeras oportunidades en que las estudiantes pudieron ocupar la calle de manera masiva. Los movidos años estudiantiles de las décadas del 60 y 70 arrojan una igualitaria participación de varones y mujeres, pero en la enorme mayoría de los casos fueron los muchachos quienes condujeron las organizaciones, tanto de izquierda como de derecha.

Medicina había sido un ámbito de primera inscripción a fines del siglo XIX pues, como ya he señalado, era una profesión que cabía en las expectativas de cuidado abnegado que se atribuía a las mujeres; si bien en las primeras décadas del XX el ingreso a la universidad resultó muy lento, se registró un aumento de la participación femenina a inicios de los años 40. Pero en los años 60 y 70 el número de las que estudiaban creció de modo explosivo. Ciencias Médicas tuvo una expansión singular de la matrícula femenina; también Odontología se pobló de mujeres y, aunque con ritmos menos acelerados, esa incorporación se hizo sentir en las llamadas Ciencias Físicas y Naturales. Desde luego, el número de mujeres se había destacado sensiblemente en las humanidades, en Letras, Historia, Filosofía, y a esos perfiles se agregaron los aportados por las nuevas carreras como ocurrió con Sociología y Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Derecho, que hasta los años 50 no había sido tan generosa con la recepción femenina, también vivió un cambio brusco. La única orientación que casi no se conmovió fue Ingeniería, que hasta el presente sigue manteniendo un número de mujeres que no sobrepasa la cuarta parte de la matrícula. La situación de Buenos Ai-

res se repetía en las restantes universidades del interior y en las entidades privadas surgidas durante esos años. Los cambios entre los años 60 y 70 fueron muy significativos, y pueden apreciarse con este dato: si a inicios de los años 60 la matrícula femenina de todas las universidades argentinas se aproximaba al 30 por ciento, una década más tarde esa proporción había subido a cerca del 44 por ciento.

El cambio radical que produjo la mayor participación de las mujeres en ámbitos que pocos años atrás apenas las habían visto asomarse estuvo lejos de representar reconocimiento. La mayor cantidad de los cargos docentes siguió siendo patrimonio de los varones —las mujeres pululaban en los escalones iniciales de la docencia—; también las mejores oportunidades formativas, becas y estímulos para la investigación recaían en favor de aquéllos, y desde luego también les pertenecían los puestos decisivos de la conducción universitaria, salvo contadísimas excepciones. Cuando la feroz dictadura llegó en 1976, ninguna mujer había alcanzado todavía el rectorado de ninguna universidad pública. Pero el balance indica que fue durante esa transición cuando se extendió entre las nuevas profesionales la convicción de “hacer carrera”,

como ocurría con los varones. La pugna entre las obligaciones reproductivas y las nuevas responsabilidades profesionales, que llenaba de culpa a las mujeres —y debe decirse que pese a la enorme ola de cambios de esas décadas casi no se movió la expectativa diferencial que hacía de la mujer la principal protagonista del hogar—, apenas pudo mitigarse con el enorme derrame de manifestaciones psicológicas vivido en esos años, y que también expresaba una fuerte participación de las “nuevas mujeres”. En efecto, el excepcional desarrollo del psicoanálisis no se debe sólo a la competencia de un grupo de diestros varones, sino a las contribuciones de profesionales femeninas de gran capacidad intelectual. Pero bien mirada, hasta esta área del conocimiento cuya divulgación se hacía no sólo en los medios académicos sino en los masivos de comunicación, y tomaba la forma de verdaderos consultorios en diarios y revistas, se empeñaba en distinguir a la “verdadera madre” —que renunciaba a trabajos por atender al hijo como se debía— de la “madre problemática”, aquella que justamente se juramentaba a no abandonar una carrera y a procurar autonomía... En fin, que el psicoanálisis todavía estaba sin dote feminista en nuestro medio.

Mujeres, política y radicalidad ideológica

El contexto de las décadas es bien conocido pero resulta ineludible volver sobre sus características. El derrocamiento del régimen peronista, la proscripción y la persecución de sus seguidores, la seguidilla de golpes militares y sus políticas antipopulares, el impacto de la Revolución Cubana, la expansión en toda América latina de un vivo sentimiento antinorteamericano, y más amplio aún, antiimperialista, caldearon la atmósfera. A eso se sumó la guerra de Vietnam y los acontecimientos que acaecían en diversas partes del mundo originados, o alentados, por estas últimas cuestiones. Todos estos acontecimientos constituyeron una incitación a la radicalidad política. La trágica muerte del Che Guevara en Bolivia en 1967, cuando intentaba crear un foco que imaginaba de grandes consecuencias para la región sur latinoamericana, y las violentas manifestaciones populares como el Cordobazo fueron detonantes para el ensayo de fórmulas revolucionarias cruentas.

Varones y mujeres jóvenes se lanzaron a la construcción de organizaciones políticas de variado pelaje ideológico, pero en su enorme mayoría tributarias del marxismo-leninismo, algunas de

cuyas formulaciones reverberaron también en las posiciones cristianas. Los cambios del Concilio Vaticano II deben ser vistos como una expresión de las urgencias de la época, en la que tomaba un lugar expresivo el compromiso con los pobres, la distribución equitativa de la riqueza y la liberación nacional de la subordinación extranjera. Corrientes como el Movimiento de Sacerdotes —y Monjas— para el Tercer Mundo colorearon el arco de las posiciones radicalizadas que se proponían transformar nuestra sociedad.

Las acciones armadas habían asomado en diversos momentos del posperonismo, comenzando por la llamada “resistencia peronista”, en la que no habían faltado hechos sangrientos —y sobre todo represiones de igual tenor—, pero fue especialmente desde fines de la década del 60 cuando la insurgencia con armas ganó una consideración decisiva, plasmándose como una vía alternativa para distintos grupos políticos. La aparición de Montoneros, del Ejército Revolucionario del Pueblo, de las Fuerzas Armadas Peronistas, de las Fuerzas Armadas de Liberación, por citar sólo las principales denominaciones armadas, puesto que hasta conjuntos más pequeños disponían de aparatos militares, cambió por completo el eje de la política ra-

dicalizada. Muchísimas mujeres se incorporaron a la contienda y probablemente constituyeran la mitad de quienes componían los cuadros de esos aparatos, aunque las investigaciones disponibles demuestran que en su enorme mayoría estaban en la base, ejerciendo actividades de superficie —por lo general en frentes barriales o sectoriales—, o en la estructura intermedia, pero no en la conducción. Tanto Montoneros como el PRT- ERP definieron intervenciones estratégicas vinculadas a las mujeres de los diversos grupos populares donde había ramificaciones de su actuación. Esos programas de las fuerzas revolucionarias no contenían concepciones autonómicas de la condición femenina ya que estaban por completo divorciadas de los principios feministas tenidos por lo general como concepciones burguesas. Si en algunos grupos guerrilleros se accedió a debatir acerca de la liberación de las mujeres, seguramente la conclusión fue que se trataba de una tarea para luego de la revolución.

Los testimonios de las protagonistas ponen en evidencia las notas singulares de esa opción militarizada —tan contrapuesta con las expectativas de género—, las dificultades para lidiar con la vida familiar y los problemas casi insolubles que se les plantearon a la hora de la clandestinidad, especial-

mente cuando el cerco de la represión hizo estallar los aparatos que parecían seguros. Las que tenían niños muy pequeños y cayeron antes del inicio del terrorismo de Estado iniciado con el golpe de 1976 pudieron convivir con ellos en condiciones penosas bien imaginables, detenidas en distintos puntos del país. La vida en las cárceles fue diferente para varones y mujeres, y aunque resulta inapropiado idealizar las formas que adquirirían los vínculos en ese difícil orden de sobrevivencia, ya que por lo general se privilegió la identidad con las organizaciones más que la afectividad espontánea, las mujeres tendían a acciones solidarias y especialmente a defender más la integridad personal.

Luego del golpe, las cúpulas militares desencadenaron la más violenta represión de que se tenga memoria en nuestro país e hicieron sistemático el método de la desaparición forzada de personas. Muchas “chupadas” desaparecieron en los campos de concentración —en la investigación de la Conadep, que dio lugar al *Nunca Más*, se registró una proporción cercana al 30 por ciento—, donde fueron sometidas a atroces padecimientos, tal como han narrado quienes pudieron sobrevivir. Como he sostenido en otro lugar: “Sin duda, hay una diferencia de género en los atributos de los que se in-

vistió el horror del terrorismo de Estado: las violaciones, las condiciones del parto y el secuestro de los recién nacidos aumentaron la victimización de las mujeres. Un ensayo muy importante ha puesto en evidencia que los varones también sufrieron violaciones, pero seguramente no fue moneda corriente. No sostengo, absolutamente, que las mujeres sufrieran más que los varones, sino que les fueron infligidos repertorios más amplios de suplicio, hubo más alternativas para el sufrimiento”.

Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo

Fueron mujeres las que llevaron adelante la más contundente de las oposiciones a la feroz dictadura que se extendió entre 1976 y 1983 y la hicieron tambalear. En efecto, si diversos organismos de derechos humanos pudieron elevar la voz para reclamar por los detenidos desaparecidos, no hay dudas de que la gran gesta estuvo a cargo de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Su historia ha sido contada muchas veces, pero es necesario repetirla puesto que su acción consigna una vez más lo alejado que puede estar el “carácter femenino” de los rasgos que aluden a lo pusilánime.

Aunque se está frente a la evidencia de que las primeras desapariciones ocurrieron durante el gobierno de Isabel Perón, en el que se había destacado la siniestra figura de José López Rega —uno de los responsables de la Triple A—, esa práctica fue enteramente legitimada como método represivo por los militares cuando dieron el golpe en marzo de 1976. La falta de noticias sobre familiares que habían sido secuestrados en muy distintas circunstancias llevó a angustiosas averiguaciones en comisarías, hospitales, cuarteles, parroquias, oficinas obiscales y ministeriales. Los días corrían y, aunque en algunos casos parecía que se abría alguna rendija, una horrible negativa acentuaba la desesperanza; nada se sabía de los seres queridos y no era posible soportar sin más ese estado de cosas. Muchas madres se habían cruzado en las angustiosas amansadoras de los despachos, se habían forjado lazos y sintonías frente a la común igualación de la ausencia forzada de los suyos.

Una de ellas fue Azucena Villaflor de De Vicente, de 52 años, quien procuraba a su hijo Néstor y a su nuera, ambos secuestrados en noviembre de 1976. Cuando joven había tenido una experiencia como trabajadora en actividades extradomésticas, pero como tantas mujeres luego se había dedica-

do a la crianza de los niños. Azucena había recorrido muchos lugares preguntando por el hijo y la nuera hasta que fue a parar al despacho del capellán de la Armada, Emilio T. Grasselli, en la capilla Stella Maris, a quienes muchos indicaban como una clave para la información que buscaban. Allí se encontró con varias figuras dolientes, a algunas ya las había conocido en otros espacios. Fue entonces cuando surgió la idea de agruparse para enfrentar la situación, les pareció fundamental asociarse y unificar el reclamo y así se originaron las Madres de Plaza de Mayo. El 30 de abril de 1977 ese pequeño bastión de mujeres hizo su primera presentación en la plaza. De allí en más sortearon toda clase de prepotencias y de intimidaciones, fueron obligadas a moverse en ronda pues estaba prohibido estacionarse en grupos, y escogieron los jueves para manifestarse porque una de ellas sugirió que ese día parecía más prometedor que los viernes. Los represores comenzaron a llamarlas "las locas", y ese epíteto fue finalmente una carta de triunfo, una marca que llegó al reclamo internacional; y aunque muchas veces les impidieron ocupar aquella plaza que las haría célebres, no pudieron hacerlas desistir.

Una de las tragedias que se sumaron fue la desaparición de la propia Azucena y de otras madres

justamente cuando su trabajo arreciaba y se disponían a publicar la primera solicitada que reclamaba por el paradero de sus hijos, en diciembre de 1978. Arrojadadas al mar, sus restos asomaron empecinadamente un tiempo después en la costa; sepultados como NN, fueron finalmente reconocidos hace apenas un tiempo.

Las Madres decidieron que su organización no tuviera ningún tinte político que pudiera socavar su credibilidad y limitar la eficacia de la demanda ante los poderes dictatoriales, que veían acciones "interesadas" e identificaciones ideológicas en cualquier asomo de protesta. Pese a que muchas veces se ha señalado que estaban distantes de cualquier contaminación con la política, y que eso mismo determinó y dio fuerza a su notable reclamo, un examen más demorado debe deparar que no podían estar por completo ajenas a lo que ocurría en esos años en la Argentina. Cualquier familia en cualquier situación podía ser una caja de resonancia de los problemas que se vivían; en todo caso se asistía a un crecimiento notable de la violencia. Desde la oposición entre peronismo y antiperonismo hasta la exaltación creciente que en diversas realidades se traducían en detenciones y estallidos de bombas, huelgas y represiones, todo llevaba a la opinión

política. Ya habían ocurrido acontecimientos como el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu por parte de Montoneros y la brutal masacre de Trelew a manos de la Marina, que ultimó a guerrilleros desarmados, y por lo tanto el aire que se respiraba llevaba a asumir posiciones, y no cabe la hipótesis de que estas madres fueran una tabla rasa. Lo que efectivamente ocurrió fue que tomaron la decisión de no adherir a identidades que tuvieran algún tinte partidario, y sin dudas eso fue muy exitoso. Ellas imaginaron que los militares, que comulgaban con los trazos más conservadores de género, no se animarían a reprimir severamente sus actos —aunque este cálculo no fuera del todo exacto— y que lo contrario ocurriría con los maridos, por lo tanto tuvieron la sagacidad de mostrarles que era su condición de madres lo único que las movía. Su desempeño fue admirable, el mundo entero llegó a identificarlas como damnificadas que se animaban a enfrentar al monstruo aniquilador, y lenta, pero inexorablemente, también conquistaron el reconocimiento de nuestra propia sociedad.

Las Abuelas de Plaza de Mayo surgieron frente a la evidencia de que a algunas jóvenes las habían secuestrado sin que nada se supiera de sus niños

pequeños, y que muchas estaban embarazadas al momento de la detención. No pocas cursaban más de tres meses de gestación y las familias hacían cálculos sobre probables épocas de parto. A medida que el tiempo corrió pudo concluirse que la apropiación de los niños por los represores o por quienes éstos indicaban constituía una práctica sistemática del régimen, una medida que estaba lejos de la improvisación. La búsqueda de nietos y nietas fue otra página desgarradora de los años dictatoriales y la lucha de las Abuelas por la restitución de sus descendientes ha conducido a la identificación de alrededor de noventa casos hasta la fecha.

Cuando los militares se embarcaron en la guerra de las Malvinas —aumentando la cuota de sus víctimas—, una consecuencia de la derrota fue precipitar su caída. A fines de 1983, se iniciaba el proceso de transición democrática, y ya nadie podía dudar del extraordinario papel de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. El significado de género es abrumador: su resistencia echó por tierra cualquier cálculo sobre la docilidad de las mujeres, contribuyó a derrumbar el mito de la facilidad con que éstas se doblegan y acatan. Las Madres y Abuelas, que unieron rituales domésticos y escenarios públi-

cos, dieron nuevo significado al tránsito entre la casa y la plaza.

Los feminismos argentinos

Aunque la agenda de la militancia social de los años 60 y 70 estuviera hegemonizada por el principio de la “liberación social y nacional”, y sólo cupieran las referencias revolucionarias de las clases trabajadoras y a la expoliación imperialista, no faltaron conjuntos de mujeres que manifestaron la necesidad de hacer también otra revolución. En su caso se trataba de romper el sometimiento al patriarcado.

Como se ha visto, nuestro feminismo inaugural de las primeras décadas del siglo XX había sido muy rico y se había vinculado siempre a motivos sociales más amplios. Los avatares del feminismo ocurrieron durante los años 40 y 50, cuando la onda autoritaria había conducido a la mayoría de las adherentes a replegar objetivos toda vez que estaba en jaque la sobrevivencia de la democracia. Por otra parte, la feminización de la arena política durante el peronismo, y el contraste con la cerrada oposición al régimen por parte de la mayoría de

las feministas, había significado una mengua de sus manifestaciones. Pero durante los años 60 el feminismo internacional vivió el ascenso de lo que se ha denominado “segunda ola”, coincidiendo con el encrespamiento de la radicalidad que procuraba profundas transformaciones en América latina. Lo cierto es que, entre las nuevas manifestaciones de disconformidad con el sistema socioeconómico y político, hubo expresiones feministas, aunque resultara difícil que encontraran un lugar en la retórica revolucionaria del momento.

Entre las protagonistas de aquel feminismo que apenas podía hacerse oír en la vocinglería de la época, estaban las adherentes del Movimiento de Liberación de Mujeres (MLM). Sus prácticas, como la de la gran mayoría de los grupos, se orientaban a conseguir un estado de “concienciación” por parte de las mujeres que se acercaban trayendo problemas comunes a todas. La catarsis en grupo permitía compensaciones anímicas y la identificación con los nuevos sentidos de autonomía que se propiciaban. Otro núcleo surgido en los años 70 fue la Unión Feminista Nacional (UFN); reunía a mujeres de diversos sectores sociales y menudearon los problemas, puesto que había quienes deseaban sostener de modo abierto las posiciones

líticas radicalizadas. También actuaron el Movimiento de Liberación Femenina (MLF) y luego ALMA (Asociación por la Liberación de la Mujer Argentina). En todas estas experiencias las feministas pudieron debatir propuestas, reflexionar sobre las nuevas expresiones críticas que circulaban en el ámbito internacional y llevar a la práctica no pocas iniciativas de ayuda a mujeres golpeadas. No puede sorprender que la agenda contuviera entonces la cuestión del aborto pues era una demanda que concitaba expresiva adhesión. En todos los casos se elaboraron documentos y algunos grupos hasta sostuvieron publicaciones con cierta asiduidad. Estas manifestaciones feministas fueron sin dudas osadas porque en efecto nadaban contra la corriente; la inmensa mayoría de las mujeres que militaba por esos años, procurando transformar la asimétrica relación de las clases sociales, era por completo negligente a las jerarquías de género. Los cambios que mejorarían la vida de las mujeres —pensaban— sólo podían provenir de las grandes transformaciones estructurales; el feminismo entonces podía esperar. No debe olvidarse que en algunas expresiones de izquierda había núcleos que se especializaban en la cuestión de los derechos femeninos. Pero no po-

cas los consideraban todavía una exótica planta burguesa.

La experiencia del terrorismo de Estado, el exilio interno para miles y miles de mujeres y el exilio externo para muchas que se habían incorporado de diversas maneras a las agitaciones sesentistas modificaron completamente la perspectiva. Por otra parte, diversos circuitos internacionales habían empujado el problema fundamental de la desigualdad entre varones y mujeres. Cuando se recuperó el sistema democrático se robustecieron las actitudes que valorizaban las instituciones republicanas, se amplió la opinión que revisaba críticamente el pasado y que juzgaba fundamental preservar el Estado de derecho recién conquistado. Hubo una explosión de nuevos sentimientos que abogaban en todo caso por una profundización de la democracia y entre los nuevos motivos para repensar la injusticia y la inequidad, afloró la cuestión de la desigualdad sexual.

Una nueva expresión feminista se abrió paso en la posdictadura. En los partidos políticos, desde los de mayor tradición hasta las nuevas formaciones, hubo adherentes que simpatizaban con las posiciones feministas, algo que se acentuó cuando pudieron observar las maniobras de sus compañeros

varones en la manipulación de los cargos partidarios y en la confección de las listas para los órganos de representación. El malestar femenino en los movimientos políticos y sociales que cobraron ímpetu con la recuperación democrática tomó a veces la forma de feminismo y, de este modo, desde mediados de los años 80 resurgieron diversos colectivos que se embanderaban directamente con la causa de los derechos de las mujeres. La nueva agenda comprendía reivindicaciones igualitarias en todos los planos de la vida, aunque uno de los términos más expresivos de la campaña feminista fue la denuncia de la violencia doméstica. De hecho, una buena cantidad de agrupaciones llevaba adelante programas de auxilio a las víctimas y encaró formas de publicidad que luego fructificaron en la legislación. Entre las nuevas manifestaciones se extendieron los reclamos por el reconocimiento de la sexualidad lésbica y hubo retos a la normativa heterosexual, originando de este modo grupos específicos de identidad lesbiana.

Un soporte fundamental para las demandas feministas provino de la iniciativa del gobierno radical cuando creó el Programa de Promoción de la Mujer y la Familia, en el ámbito del Ministerio de Salud y Acción Social, donde se desempeñó Zita

Montes de Oca y que en 1987 se transformó en Subsecretaría de la Mujer. No era la primera vez que el Estado argentino abría una rendija para tratar las cuestiones femeninas, pues es necesario recordar que durante el ejercicio del coronel Perón en la cartera de Trabajo se hizo lugar a una oficina especializada, y que durante el gobierno de Arturo Frondizi se creó otro ámbito de atención a los problemas de la población femenina, sin duda con objetivos más expresivos, a cargo de Blanca Stá-bile. Pero la novedad de estos primeros años de gobernabilidad democrática fue que tanto los objetivos como la filiación de las mujeres que acompañaron a Zita Montes de Oca en su gestión eran declaradamente feministas.

La acción estatal daba fuerzas a las acciones de las asociaciones, pero nuestra experiencia dista bastante de lo que le ocurrió a alguna parte del feminismo latinoamericano por esos años. Cuando los recursos internacionales se hicieron presentes en diversos países con ánimo de auxiliar a ONG que promovían a las mujeres y bregaban por sus derechos, y cuando algunas feministas de primera línea fueron convocadas a tomar decisiones en esos ámbitos, hubo airados reclamos por parte de ciertos núcleos que denunciaron la

cooptación. No fue ésa la situación en la Argentina, donde el socorro de los recursos internacionales fue discreto y no se plantearon severos disensos por esa causa.

Durante los primeros años del gobierno del doctor Carlos S. Menem —cuyas decisiones en materia económica analizaré más adelante—, se decidió la creación del Consejo Nacional de la Mujer, a cuyo frente estuvo Virginia Franganillo. Desarrolló una acción importante en varios campos y colaboró estrechamente para la obtención de la denominada ley de cupo femenino, a la que luego me referiré. Las iniciativas estatales que se desplegaron desde la asunción del gobierno democrático no pudieron omitir la cuestión central de la ciudadanía de segundo orden que afectaba a las mujeres, tanto por las demandas que provenían del feminismo local como por el influjo de diversas agencias internacionales. Piénsese que en 1985 la Argentina suscribió una de las iniciativas más importantes en materia de derechos de las mujeres al ratificar la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer —conocida como CEDAW—, adoptada por la ONU en 1979 e incluida en la nueva Constitución de 1994.

Desde la recuperación democrática, la Argentina fue el escenario de una experiencia única, al menos en América latina: los Encuentros Nacionales de Mujeres. Desde 1984, cuando se originaron justamente para que mujeres de todas las clases, conjuntos étnicos, orientaciones sexuales, lugares de residencia y edad encontraran un espacio sin restricciones para debatir sus problemas y originar modos de resolverlos, no han cesado, y una vez al año se encuentran por miles en diversos puntos del país. Esta continuidad a lo largo del tiempo ha servido para reunir feministas y no feministas, a jóvenes y a mujeres maduras, a militantes avezadas y a inaugurales, a mujeres con experiencias diferentes y con posiciones políticas e ideológicas también diversas. Si bien a menudo los disensos se han hecho sentir de modo estridente, la tradición de esa puesta en común de los problemas ha servido seguramente para cambiar muchas vidas. Las mujeres suelen provocar sismos cuando irrumpen con su algarabía y sus firmes proclamas de derechos. En ambientes muy tradicionales han sacudido la modorra al proponer —como ha sido constante en los últimos años— el derecho a la diferencia de sexualidad, a no estar obligadas a procrear y a acceder al aborto seguro.

El feminismo se desplazó de los extramuros de la academia hacia su interior a inicio de los años 90. No fue tarea fácil que las universidades y los circuitos de la investigación científica aceptaran el punto de vista de la diferencia sexual como una perspectiva significativa de análisis. Pero las reflexiones fueron cada vez más exigentes, los abordajes se tornaron más complejos, creció la interdisciplina y el número de oficiantes aumentó en forma extraordinaria en estas casi dos décadas, todo lo cual ha redundado en un mayor reconocimiento de la óptica de género en el mundo académico. Desde 1991 contamos con las Jornadas de Estudios de Género e Historia de las Mujeres, las últimas tres han tenido carácter internacional y cuando este texto vea la luz ya habremos realizado la novena reunión con casi setecientas ponencias. En buena parte de las universidades nacionales se crearon áreas, centros o institutos destinados a investigar y a promover la docencia en tópicos que aluden a la condición femenina. Tal como he dicho en la parte introductoria, hemos absorbido sin muchas dificultades el concepto de *género* tanto en el desempeño militante feminista como en el académico, pero somos conscientes de que el término ha sido una buena negociación del punto de

vista feminista con la comunidad científica, y que abre las puertas a ángulos insoslayables hoy día, como las posiciones de la masculinidad y las múltiples orientaciones de la sexualidad.

4. Progresos y reverses

La turbulencia neoliberal

La consecuencia más severa del huracán de los años 90, en los que bajo la presidencia Menem el peronismo alteró por completo sus principales doctrinarios, fueron el empobrecimiento y la marginación de millares de familias. No hay duda de que las políticas neoliberales redujeron drásticamente los niveles de vida de la población, ya que esta se encontraba por debajo de la línea de pobreza censal. Los provincial por la memoria



Biblioteca
Comisión por la Memoria
Buenos Aires | Argentina
tel: +54 11 4381 1111 | info@comisionporlamemoria.org
www.comisionporlamemoria.org | http://comisionporlamemoria.org

¿Puede haber historia sin mujeres? ¿Qué contribuciones realiza la historia de las mujeres? ¿Las mujeres han estado condenadas sólo a la vida doméstica, a servir a la familia, o han participado activamente en la vida pública? Estos y otros interrogantes son abordados por este libro que de modo sucinto da cuenta de la condición femenina, y de las relaciones entre los sexos, desde fines del siglo XIX hasta las últimas décadas del XX en la Argentina. El relato sigue una línea principal que desea mostrar que a pesar de la subordinación femenina, de la notable ausencia de derechos que han padecido las mujeres y que todavía continúa, han sido partícipes de las múltiples experiencias sociales, culturales, económicas y políticas vividas en nuestro país. Consideradas incapaces, sin ellas no hubiera habido educación fundamental; tenidas como débiles y dóciles, su acción fue decisiva para transformar nuestra comunidad y poner fin al terrorismo de Estado.

Impreso en la Argentina
www.sudamericanalibros.com.ar

ISBN 978-950-07-2967-3



9 789500 1729673



Dora Barrancos

nudos de la historia argentina

Mujeres, entre la casa y la plaza

nudos de la historia argentina



Dora Barrancos

Mujeres, entre la casa y la plaza

94(82) 55.2 18/19

BAR

Editorial Sudamericana

- Torrado, Susana. *Historia de la familia en la Argentina*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2003.
- VV.AA. *Historia, género y política en los '70*, Feminaria (edición digital), 2005.
- Valobra, Adriana. "Del hogar a las urnas..." *Recorridos biográficos y sociales de la ciudadanía política femenina, Argentina 1946-1955*, Tesis Doctoral, Doctorado en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata, 2007.
- "Partidos, tradiciones y estrategias de movilización social: de la Junta de la Victoria a la Unión de Mujeres de la Argentina", *Prohistoria*, año IX, número 9, 2005.
- Yannoulas, Silvia. *Educación: ¿Una profesión de mujeres? La feminización del normalismo y la docencia 1870-1930*, Kapelusz, Buenos Aires, 1996.
- Wainermann, Catalina y Navarro, Marysa. *El trabajo de la mujer en la Argentina: Un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX*, CENEP, Buenos Aires, 1979.



comisión provincial por la memoria
Biblioteca

Calle 54 N° 427 112 La Plata 1 Buenos Aires Argentina
Tel. 34 221 488 757 ext. 111 - biblioteca@comisporlamemoria.org
www.comisporlamemoria.org | blog.comisporlamemoria.org



Índice

Introducción	9
Sexo y género	12
La historia y las mujeres	19
Las mujeres y la historia	22
1. Sociedad, mujeres y feministas desde fines del XIX y primeras décadas del XX ...	29
Señales del fin del siglo XIX	29
Un manual de urbanismo femenino	37
Ingresó el concepto "feminismo": la recepción de Ernesto Quesada	48
Anarquistas: revolución también en la casa	59
Las primeras feministas	65

<i>Una involución medrosa: el feminismo revisitado por Ernesto Quesada</i>	81
<i>El movimiento feminista en la década de 1920 y el asomo de los primeros derechos femeninos</i>	94
<i>Mujeres trabajadoras</i>	101
2. Transformaciones	109
<i>Los cambios sociales y las mujeres entre 1930 y 1955</i>	109
<i>Mujeres agitadas contra el nazifascismo</i>	116
<i>Mujeres y peronismo: la excepcionalidad de Evita</i>	119
<i>Las antiperonistas</i>	130
3. Un cambio de época: casa y plaza	135
<i>Las transformaciones de las décadas del 60 y 70</i>	135
<i>Mujeres, universidad y nuevos desempeños</i>	139
<i>Mujeres, política y radicalidad ideológica</i>	144
<i>Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo</i>	148
<i>Los feminismos argentinos</i>	154
4. Progresos y reveses	165
<i>La turbulencia neoliberal</i>	165
<i>La protesta con mujeres</i>	171
<i>Los nuevos derechos</i>	176
<i>¡Y lo que falta!</i>	184
Bibliografía sugerida	193



Comisión provincial por la memoria
biblioteca



nudos de la historia argentina

MARIANO BEN PLOTKIN
*El día que se inventó el peronismo.
La construcción del 17 de Octubre*

SILVIA RATTO
Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras

GABRIEL DI MEGLIO
*¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca
y la política en tiempos de Rosas*

ALEJANDRO CATTARUZZA
*Los usos del pasado. La historia y la política
argentinas en discusión*

JULIO DJENDEREDJIAN
Gringos en las pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino

JULIÁN BARSKY Y OSVALDO BARSKY
La Buenos Aires de Gardel

FEDERICO FINCHELSTEIN
La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura

SARA EMILIA MATA
*Los gauchos de Güemes.
Guerras de Independencia y conflicto social*

RAÚL FRADKIN
*¡Fusilaron a Dorrego! O cómo un alzamiento rural
cambió el rumbo de la historia*

JUAN JOSÉ SANTOS
El Tata Dios. Milenarismo y xenofobia en las pampas

PABLO BUCHBINDER
¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918